

Exclama un sabio: «¡Patañas!
¿Nadie piensa en el saber?
¡La Dicha está, á mi entender,
en quemarse las pestañas!»

Quien duda del bien y el mal,
cree que la dicha está en todo;
es decir, que esta en el modo
de sentir de cada cual.

Y crúzanse las razones
como lanzas en pelea,
volviéndose la asamblea
pandemonium de opiniones.

Y al fin de tanto discurso,
descubriéndose la frente,
la Religión, de repente,
se alzó en medio del concurso.

Y dijo la Religión,
llena de noble actitud:
«¡La Dicha está en la virtud,
que es la paz del corazón!»

Segunda Parte.

Asuntos Históricos y Patrióticos.

CAPITULO
BIBLIOTECA



¡TIERRA!

I

Inmóvil, y de pie sobre la prora,
Colón, la testa erguida,
y atenta la mirada escrutadora,
explora el mar, que cubre ya la bruma,
y del que, como venus de la espuma,
ha de surgir la tierra prometida.

Va á fenecer la luz, la noche avanza,
y el sol, como en un lecho soberano,
se muestra en el confín del océano
en una esplendorosa lontananza.

Sobre el dorado azul del firmamento,
una nube de perlas y amatistas,
finge un barco que, en dulce movimiento,
se encamina, impulsado por el viento,
al país de unas playas nunca vistas.

Colón medita, contemplando á solas
la caída del sol, que, al fin, se apaga,
al hundirse en el seno de las olas
de la mar, como un barco que naufraga.

Súbito triste murmuró: «¡Tres días! . . .
 ¡Al cabo de ellos, como al sol ahora,
 sorberá el mar las esperanzas más,
 y al Viejo Mundo volveré la prora?

¿Acaso, porque está la fe perdida,
 y muerta la esperanza en los que guío,
 ¡tampoco yo, Dios mío,
 he de alcanzar la tierra prometida?»

Y prosiguió: «¿No es Dios quien tras la ignota
 tierra mi barco impele?; ¿luchó en vano
 contra el furor de mi fortuna adversa?»
 Y cayó de sus ojos una gota
 de llanto, que sorbió del océano
 la onda azul, murmuradora y tersa.

Luego agregó temblando: «¡Y si no existe
 esa hermosa región sino en mi mente?» . . .
 ¡Mas con enojo sacudió la frente,
 para arrojar el pensamiento triste.

Y exclamó entonces: «¡Si mintió la ciencia,
 será la fe mi salvación! ¡Dios mismo,
 que me ha hecho creer en su existencia,
 la hará surgir del fondo del abismo!» . . .

II

Desplegadas las velas,
 y huyendo los peligros al tanteo,
 allá van, con ligero balanceo,
 sobre el dormido mar, las carabelas.

Dejan las naves hervorosos rastros,
 los vientos rumorosos cuchichean,
 y las diáfanas olas cabrillean
 á la luz temblorosa de los astros.

Colón, de pie sobre cubierta, alzada
 la faz, que baña resplandor escaso,
 hunde serenamente la mirada
 en la infinita sombra del ocaso.

Media la noche. Quedos y suaves
 se oyen los ecos de la mar, que agita
 sus olas mansamente;
 y reina, en tanto, á bordo de las naves
 ansiedad infinita
 y un silencio supremo

De repente
 se extremece Colón, se exalta y nombra
 á Dios, y señala con la mano
 una luz, que, en un punto no lejano,
 agujera lo negro de la sombra.

«¿Es sueño?», exclama; y luego: «¡Nó: Colmada
 mi esperanza está al fin! . . . ¡Frente á la aurora,
 la ribera está allí! . . . ¡Reconcentrada
 tengo toda mi alma en la mirada:
 ¡Nunca he visto mejor que como ahora!»

Y ante la luz que su ventura labra,
tras un éxtasis mudo,
terminó, temblorosa la palabra:
«¡Luz!, ¡Tierra!, ¡Salvación!... ¡Yo te saludo!»

III

De ámbar el oriente se colora,
bullen las aguas con rumor sonoro,
y tienden los destellos de la aurora,
sobre la mar azul, franjas de oro.

Y al través de las brumas
se ven, de la alborada á los fulgores,
estallar en vivísimos colores
las olas, que empanachan las espumas.

Velado aún el occidente se halla
por la gran dispersión de las neblinas,
que huyen de las luces ambarinas
de la aurora triunfal.....

De pronto estalla
el cañón... ¡Oh ventura
sin igual: es la seña convenida
Allá se ve una cinta de verdura:
¡El umbral de la tierra prometida!

Y ante el paisaje, que limita y cierra,
por fin, el horizonte de las olas,
de las tres carabelas españolas
surgió este grito delirante: ¡¡¡TIERRA!!!....

Mudo Colón, la frente levantaba,
ya no ve hacia el ocaso, con anhelo:
¡Hunde, en místico arrobo, la mirada
más allá en los términos del cielo!

¡El supremo placer su faz demuda,
llanto de gratitud nubla sus ojos,
y le inunda, á torrentes, las mejillas!....
En tanto que á sus pies la ingrata duda,
como herida de un rayo, está de hinojos,
estrechando, asombrada, sus rodillas!....

.....



EL ULTIMO AZTECA

(FRENTE AL BRONCE DE CUAUHTÉMOC, EN
«LA REFORMA» DE MÉXICO.)

¡Murió, por fin, el infeliz cautivo!
¡Mas, radiante de eternas claridades,
ante la admiración de las edades
lo culminó la historia, redivivo!

Contempladlo, allí está: Sereno y fuerte,
firme, como la estatua del derecho,
y exhalando del fondo de su pecho
este grito inmortal: «¡O Patria, ó muerte!»

¡Símbolo perdurable de una raza,
por el hado fatal sólo vencida,
ese trágico rey, de testa erguida,
aun el escudo del guerrero abraza!

¡Aun temblando de bélico ardimiento
el torso púgil, y á la par gallardo,
su diestra de titán arroja el dardo
que pasa, como un rayo, por el viento!

Aun lleva, coruscante de riquezas,
el penacho imperial, de ricas plumas,
que ciñó, con su gloria, las cabezas
de Axayacatl, Tizoc y Moteczumas.

Probólo el fuego con rigor extrañó;
mas él, con las sonrisas del deleite,
tendió sus pies al abrazado aceite,
como un niño á las aguas de su baño.

.....
Cayó, le fué contraria la victoria,
en él cebada con furor ingente;
sí, cayó, si es caer doblar la frente,
y dormirse en los brazos de la gloria!



EL VALLE DE MEXICO.

En la Sierra Nevada
finge la irradiación del occidente
un turbante de iris, en la frente
del Popocatepetl. Surge callada
del horizonte azul la luna llena,
y á los tristes y pálidos reflejos,
de su anémica faz, siempre serena,
como lunas de límpidos espejos,
los lagos se abrillantan á lo lejos
sobre el tapíz de la floresta amena.

Entre el fresco verdor de la espesura
se ven los pueblecillos, agrupados,
en derredor de las lagunas ledas;
y serpean por toda la llanura,
al través de los fértiles sembrados,
canales y caminos y arboledas.

Conduciendo la yunta, el campesino
regresa, fatigado y sudoroso,
del campo que fecunda su tarea;
y á la vera polvosa del camino,
y bajo el árbol secular y añoso,
el pobre techo del tugurio humea.

Por barbechos y atajos y llanadas,
bajo el testuz y grave el continente,
tornan á sus establos, lentamente,
y hundiéndose en los pastos, las vacadas.

.....

En el fondo del valle, que ilumina,
apenas ya, la tarde que fenece,
la orgullosa Metrópoli aparece,
entre la esfumación de la neblina.

Cercano, y tinto en fuego por el brillo
del tramonto, se eleva solitario
el bosque de ahuehuetes, legendario,
que corona el castillo.

Á un lado, como nido de palomas,
que esconde el saucedal que la sombrea,
al pie tendida de sus verdes lomas,
la Villa de los Mártires blanquea.

Y más allá, sobre las tristes luces
crepusculares—tornasol de raso—
se perfila, en el fondo del ocaso,
el histórico Monte de las Cruces.

Alza el Ajusco al sur al infinito,
su brava y pintoresca crestería,
y escueto acá, por donde nace el día,
irgue el Peñón su calva de granito.

Y sobre el hondo azul, ya entenebrido,
del septentrión, augusto se levanta
el Tepeyac, peñasco convertido
en un imán querido,
á donde van, con peregrina planta,
todo aquel que ha sufrido,
la fé que reza y el amor que canta.

De allí en radiante y misteriosa nube,
de los mares del llanto desprendida,
eternamente la plegaria sube,
de todos los dolores de la vida.
.....

Detrás del anguloso cresterío
de los montes, ya el sol borró sus huellas,
y, como coruscante pedrerío,
sobre el azul turquesa del vacío,
fulguran, temblorosas, las estrellas.

La gloria de la tarde ha fenecido,
en todo su esplendor la luna brilla,
y, con un canto de tristeza henchido,
aun gime, sobre el borde de su nido,
su estrofa postrimera la avecilla

AMOR ETERNO.

¡Levantó Icazbalceta, con mano ruda,
de remotas edades el velo obscuro,
y de nuestras conciencias, al golpe duro,
como una chispa negra, saltó la duda!

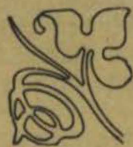
¡Virgen de Guadalupe, Virgen morena,
como el color del indio que patrocinas,
ay, si no te pintaron manos divinas,
y eres obra de humilde mano terrena!

Si nos prueba la Historia que de la Gloria
no es verdad que á nosotros hayas bajado,
¿quién ha de amarte menos?, ¿á quien le es dado
arrancarte á la gloria de nuestra Historia?

¡Tú fuiste en nuestra guerra sagrada, el rayo
que templó para el triunfo nuestros aceros;
como sobre los moros, á los iberos
hizo triunfar la Virgen de Don Pelayo!

¡Te amamos desde niños, con amor tanto,
porque á tí te debemos nuestra existencia:
¡Tú fuiste nuestro grito, de independencía!
¡Y después nuestro augusto lábaro santo!

¡Virgen de Guadalupe, Virgen morena,
del pueblo mexicano, que patrocinas,
irá á tí el amor siempre, como una vena
de aguas sonorasas y cristalinas!



EL HIMNO DE LA CAMPANA.

(PARA UN 15 DE SEPTIEMBRE.)

Hoy, al sonido que al viento
lanza el bronce de Dolores,
se inunda de resplandores
de México el firmamento!

¡Hoy, en la grey mexicana,
al eco de esa campana,
desborda el mar del contento!

¡Hoy, con loco frenesí,
oye el pueblo, como entonces,
que ese bronce de sus bronces
tiene alma, y le dice así:

«¡Yo, con un eco infinito,
lancé en Dolores el grito
de libertad, para tí!»

«¡Yo fuí la voz gigantea
que, al rayar aquella aurora,
te dije: «¡Pueblo, ya es hora
de surgir á la pelea!
¡y yo, para la jornada,
puse en tus manos la espada,
y en tu conciencia la idea!

¡«Yo, para vengar tus penas,
en granadas de cañones
convertí los eslabones
del hierro de tus cadenas!

¡Y viste al fin en tu frente
radiar el triunfo esplendente
de las auroras serenas!»

«Salve, y si, al afán que encierra
en su ambición, el tirano,
vuelve á levantar su mano
para robarte tu tierra;
yo, que, doy sombra á tu hogar,
volveré, oh pueblo, á sonar
para lanzarte á la guerra!»

«¡Y de nuevo á la victoria
conduciré tus legiones,
bajo las irradiaciones
de la gran luz de tu Historia!

¡Y entonces, igual que ayer,
volveré, oh México, ha ser
la campana de tu gloria!»

A HIDALGO.

¡Sagrado Paladión de nuestros lares,
bajo el templo á tu culto levantado,
el himno á tu memoria consagrado
será siempre el cantar de los cantares!

¡Si, Padre, porque tu nuestras cadenas
quebrantaste, en violenta sacudida;
y porque tú, por infiltrarnos vida,
derramaste la sangre de tus venas!

¡Será el Grito del Pueblo de Dolores,
nuestro grito de orgullo soberano,
y tu amor, para todo mexicano,
el primero de todos los amores!

¡Por tí desde la gloria de los cielos,
la Libertad, augusta como Palas,
descendió á cobijarnos con sus alas,
como el águila cubre á sus polluelos!

¡Por tí en abrazo fraternal unidos
con los pueblos más grandes de la tierra,
hemos dado á los odios de la guerra
el olvido de todos los olvidos!

¡Por tí, dando la espalda al retroceso,
y de la enseña de la Paz debajo,
al son de las canciones del trabajo,
vamos á las conquistas del progreso!

¡Hosana, redentor. La Patria entera
al exaltarte á tí, se magnifica;
que libertar á un pueblo, significa
convertirse en su fé y en su bandera!



A DON PEDRO MORENO.

(ILUSTRE PATRIOTA LAGUENSE, DE LA CEPA
DEL PADRE HIDALGO.)

¡No basta, Héroe, para honrar tu nombre,
que nuestro anhelo cariñoso alfombré
de coronas el pie de tu peana;
ni que á tí levantando nuestra frente,
en un himno patriótico y ferviente
te cantemos hosanna, hosanna, hosanna!

¡Para pagarte el sacrificio inmenso
de dar tu vida por los patrios lares,
es muy poco venir á tus altares
á ofrecerte el perfume del incienso.

¡Te lanzaste al furor de la pelea,
con el alma gigante de un romano;
no por el brillo del honor mundano,
sino por el ensueño de una idea!:

¡La Libertad, ¡el ángel que nos trajo
tras tanta sangre ubérrima vertida,
la virtud, que es la esencia de la vida,
y el amor, que es la esencia del trabajo!

¡Moriste por tan bello pensamiento,
y tu gloria de mártir necesita
algo más que la flor que se marchita,
y que el perfume que disipa el viento!

¡Para que puedan bendecir la palma
que alcanzaste en la cruz de tu calvario,
es preciso algo más; es necesario
que podamos decirte con el alma:

«¡Contéplanos, Señor, con embeleso!
¡Tu martirio y tu fé no fueron vanos!
¡Mira como te ofrendan vuestras manos
los florones divinos del progreso!

¡Oh, mira cómo, al fecundante brillo
del patrio sol, rendimos culto á Ceres!
¡Y cual canta en tu honor, en los talleres,
la estrofa de la sierra y del martillo!

¡El astro de la Paz nos es propicio,
y el dulce lazo del amor nos ata!
¡Vé: no vertiste sobre tierra ingrata
la sangre de tu heroico sacrificio!

LA ROCA DEL VENADITO.

(LUGAR DEL SACRIFICIO DE MORENO.)

¡Oh Don Pedro, oh Patrio Lar,
vengo, temblando de amor,
á colocar una flor
sobre el mármol de tu altar!

¡Salve, ínclito guerrero,
héroe de eterna memoria,
que has incrustado en la historia
los crestones del Sombrero!

¡Tu nombre será bendito
con el amor más profundo,
mientras exista en el mundo
la Roca del Venadito!

¡Élla cantará tu nombre,
con verbo augusto, á las gentes!;
¡que hay piedras más elocuentes
que la palabra del hombre!

¡Si un monumento inmortal
se te alza, y al cielo toca,
será siempre aquella roca
tu más alto pedestal!

¡Oh sí, Don Pedro, porque ella,
al ser con tu sangre ungida,
nació á la histórica vida,
en brazos de la epopeya!

¡Sí, la ungió sangre espartana,
y, de la gloria al arrullo,
la proclamen con orgullo
las Térmopilas, su hermana!

¡Sí, la baña en resplandores
el gran sol de nuestros cielos:
¡El de Cuautla de Morelos,
y el del Pueblo de Dolores!

¡ASI!

(COMO DEBE EL BRONCE REPRESENTAR A DON
PEDRO MORENO.)

¡Inclito, mirarte quiero
pujante, y en plena ira;
igual que Clío te admira
sobre el Fuerte del Sombrero!

¡Centellante la mirada,
bajo el sol de la palestra!
¡Alto el pecho, y en la diestra
un relámpago: tu espada!

¡Tu faz con la exaltación
del furor que no se enfrena;
y erizada la melena
como la crin de un león!

¡Sí; el arte en pugna bravía
deberá representarte,
porque en las obras del arte
debe haber filosofía!

¡Cuan bien á la historia cuadra
Mazeppa, sobre un caballo,
Franklin, aherreojando el rayo,
y Arquímedes, con su escuadra!

¡Cuauhtemoczn en la hoguera,
sobre un trino Clodoveo,
y en la prisión, Galileo,
dando vueltas á su esfera!

¡Es por eso que yo quiero
mirarte en pompa de ira;
como la Historia te admira
en las cumbres del Sombrero!

¿Tu vida fué de pelea
por la Patria envilecida?
¡Pues que de tu heroica vida
tu estatua un símbolo sea!

¡Que te cincele la gloria
en sus bronce, como entonces;
porque yo sé que los bronce
son resúmenes de la historia!

JURAMENTO A LA BANDERA.

¡Oh Bandera querida,
símbolo de mi Patria venerada,
bandera por la gloria consagrada
y con sangre de mártires ungida!
¡Tú eres el amor de mis amores,
y diera en sacrificio mi existencia
por lo que simbolizan tus colores:
La Religión, la Unión, la Independencia!

¡Oh Bandera gloriosa
que ostentas por escudo
el águila, que asciende majestuosa
á donde nadie levantarse pudo!
El águila potente,
que, con todo lo ruin y bajo en guerra,
estrangula y desgarrá la serpiente,
símbolo palpitante y elocuente
de todos los reptiles de la tierra!

¡Oh mi sacro estandarte yo te juro
ofrecerte mi vida en holocausto,
si el claro lustre de tu nombre puro
manchar quisiere el extranjero infausto!
¡Morir por ti si en criminal contienda
mañana osare el invasor tirano
hasta tu gloria levantar su mano
y en nuestros lares asentar su tienda!.....



NOTAS BELICAS

(RECORDANDO LA INVASION AMERICANA.)

I

¿Oís?: ¡Son gritos de guerra
del soldado que, en su enojo
marcial, con terrible arrojo
contra el enemigo cierra!

¡El espectáculo aterra:
la muerte ciega á su antojo,
y se ha tornado en mar rojo
el vergel de nuestra tierra!

Pero, ¿qué importa?: ¡Bendito
quien viendo á su patria herida
en furor tremendo estalla;
y luego, lanzando un grito,
corre á ofrecerle su vida
en los campos de batalla!

II.

¿Qué corazón bien nacido
se está mano sobre mano,
cuando el invasor tirano
viene á robarle su nido?

¡Guerra! . . . ¿Que al soldado ha herido
la bala?, ¡suplicio vano!
¡Ha caído el veterano
muerto; pero nó vencido!

¡Más guerra! . . . ¡Por el hogar
cuyo bendito calor
creer nos hace y sentir;
¡oh soldados, poco es dar
los ensueños del amor
y el suspiro del vivir!

III

¡Con victoria, ó sin victoria,
por la patria perecer,
es, oh valientes, caer,
en las brazos de la gloria!

¡Es por siempre la memoria
perpetuar de nuestro ser!
¡Es alzarse y esplender
sobre el cielo de la historia!

Pensad que en la lid reñida
vencer es dado al más fuerte;
mas no ser el vencedor.
¡Pensad que el honor es vida,
y que la vida es la muerte,
muriendo por el honor!

IV.

Pasó el Norte colosal
el umbral de nuestra puerta,
y amaga, á faz descubierta,
la integridad nacional.

¿Oís?: ¡El himno triunfal
lanza ya su voz de alerta,
y en nuestras almas despierta
el entusiasmo marcial!

¡Bien: Ya la espada fulgura,
y anuncia el trágico riego!
¡Ya redoblan los tambores!
¡Ya el clarín en la Angostura
rasga el aire, y dice: ¡Fuego!
¡Viva México, invasores!

CORONA.

(PARA LOS NIÑOS HÉROES DE CHAPULTEPEC)

Hoy que el espacio azul viste las galas
de un sol de libertad esplendoroso,
y que la Paz, como ángel cariñoso,
nos cubre con el triunfo de sus alas:

Hoy que no suenan ya los atambores
ni el guerrero clarín, nuncios de duelo;
hoy que el trabajo fertiliza el suelo,
y que la tierra, se derborda en flores;

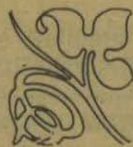
¡de gozo henchida la nación entera
canta en vuestro loor, niños heroicos,
que sucumbisteis, combatiendo estoicos,
por defender su tricolor bandera!

Oh, salve: Para honrar vuestra memoria
tiene la madre patria, que os aclama,
las trompetas de oro de la Fama,
y el pedestal inmenso de la Historia!

¡Sois de civismo incomparable ejemplo,
y muestra de un valor que asombro inspira!
¡Por eso se os venera y se os admira,
y en cada corazón teneis un templo!

¡Salve: Caísteis, pero habeis surgido
con luz mejor que la que el sol difunde!
No habeis muerto: Se muere el que se hunde
en los mares sin fondo del olvido!

¡Salve: Escuchad los férvidos loores
que la patria os entona alborozada,
y recibid en vuestra tumba helada
nuestra asperción de palmas y de flores!



PRIMERA PIEDRA

AL COLOCARSE LA DEL MONUMENTO Á
JUÁREZ, EN LAGOS DE MORENO, CON
MOTIVO DE SU CENTENARIO.

Hay las piedras humildes, sin apoyo,
las que arrastra el turbión y mancha el barro,
las que escupe el mendigo, y hunde el carro,
al rodar por enmedio del arroyo.

Hay las piedras humildes que el jumento
estercola y el pie desnudo huella;
y hay las piedras que tienden á la estrella,
hechas cúpula, ó torre, ó monumento.

Hay las piedras preciosas;
hay las piedras sagradas: los altares;
y hay las fúnebres piedras tumulares
que guardan polvo y que desbordan rosas.

Hay también las que baña el primer beso
del sol, sobre las cumbres de los Andes,
¡pero son las más altas y más grandes
las que baña la gloria del Progreso!

¡Ah, no todas las piedras son iguales:
¡Hay algunas que nacen con fortuna
para ser inmortales;
y de esas predilectas, esta es una!

¡Sintetizas el triunfo en las ideas
de reforma y de paz y de adelanto!
¡Por eso es que á tí vengo, y que te canto:
«¡Piedra de redención bendita seas!»

*
*
*

Raudo el tiempo se vá, pero á medida
que apresuran los años su carrera,
el tiempo en sus anales consolida
y depura la fama verdadera.

¡Juárez, loor!: ¡Con pertinaz inquina
lanzó á frente su rencor la escoria
más hoy el pueblo ante tu altar se inclina
porque al fin la verdad triunfa en la historia

¡Te inspiró la justicia, fué tu norma,
y encarnaste los patrios ideales,
al dar á los patriotas liberales
las tablas de la ley de La Reforma!

AYER Y HOY.

(AL HÉROE DE LA PAZ.)

I

Ayer los aires plenos de maldiciones,
cerrazón de tormentas en los confines,
el clamor incesante de los clarines
y el retumbo del trueno de los cañones.

Ayer en los hijares de sus bridones
hundiendo el hacicate los paladines,
y el corcel agitando sus bravas crines,
bajo las llamaradas de los pendones.

Ayer el hijo amado muerto en lo guerra,
prisionero el esposo, y erial la tierra
sostén de lo familia... ¡todo perdido!
¡Y, para colmo infame de tanto duelo,
la virgen, botín fácil del macho en el celo,
cayendo entre los brazos del foragido!....

II

Ahora la paz dulce, la paz amiga,
la vaca de la ordeña junto al tinglado,
y el buey que surca el predio con el arado,
lento, pero incansable como la hormiga.

Ahora los productos de la fatiga
desbordando sus frutos sobre el cercado:
el racimo, que cuelga del emparrado,
y la caña, que treme su rubia espiga.

Ahora, bajo el cielo que reverbera,
como un lago de oro la cementera,
y abierta allá en sus lindes la pobre casa;
mientras que por las faldas, y entre las mieses,
sus agudos silvatos lanzando á veces,
se vé, como una víbora, el tren que pasa.